

— Como quiera que al fin de la vida no sea tiempo de mentir sin provecho, yo niego y juro por todo lo que puedo jurar, que es falso lo que antes de ahora se ha acriminado contra los Templarios; no creais nunca que tantos caballeros entre los cuales se han contado principes, venerables todos por su edad y servicios, sean culpables de las absurdas é inútiles bajezas de que se les acusa; no creais nunca que toda una orden de religiosos renunció en Europa á la religion cristiana, por la cual combatiera en Asia y Africa, por la cual viera padecer en los campos de batalla y gemir en las mazmorras árabes á muchos de sus hijos que prefirieron morir antes que renegar de la ley sublime del Crucificado. Declaro solemnemente, á la faz del cielo y de la tierra, que solo hay un Templario que haya cometido un crimen, que solo hay un Templario que merezca la muerte; y este soy yo, yo que he levantado falso testimonio á mi orden imputándola delitos y maldades por huir los dolores del tormento. Merezco pues la muerte y la muerte obtendré, que la vida no la quiero mayormente amañada con tan grande maldad como me invitan á que cometa de nuevo.

Dijo, y murió rogando al cielo y emplazando á Felipe el hermoso y al papa Clemente ante el tribunal de Dios.

Al tenerse noticia en nuestra nacion del proceso intentado en Francia, y al saberse que D. Jaime II de Aragon al recibir las cartas del rey de aquel pais habia dado la orden de prender á los Templarios, las murallas de Monzon erizáronse de armas y Fray Bartolomé de Belvis se dispuso á la defensa. El castillo fué cercado por las tropas reales y combatido con máquinas de guerra; en vano fué que los desventurados guerreros del Temple opusieran una resistencia digna de mejor suerte; el pendon de la cruz encarnada tuvo que caer para siempre abatiéndose con él los de Mirabete, Castellote y Cantavieja.

Fray Bartolomé de Belvis, que fué con los suyos reducido á prision, reclamó la intervencion de un concilio y habiéndose este celebrado, declaró: «que todos y cada uno de ellos fuesen absueltos de todos los delitos enormes é imposturas de que eran acusados, y se mandó que nadie se atreviese á infamarlos, por cuanto en la averiguacion hecha por el concilio fueron hallados libres de toda mala sospecha.»

En tanto que el concilio aragonés proporcionaba esa brillante justificacion á los Templarios de dicho reino, los de Castilla, de Leon y de Portugal eran tambien unánimemente declarados libres.

Al propio tiempo se veian absueltos en Italia por los concilios de Bolonia y Ravena.

En Alemania por el de Maguncia.



Suplicio de los templarios.

En el campo por la justicia y por el pueblo.
 En la tierra por el rey y por los grandes del reino.
 La Francia quiso manchar los colores de su historia con una especie de
 heroísmo y honrar los fastos de los templarios con un martirio.
 Hecho la solenne declaración de su inocencia en todas partes, aguardáronse
 las decisiones del concilio general que se celebró en Viena, concilio al cual,
 como dicen los autores, asistieron las legaciones de todas las iglesias
 y los reyes de Europa.
 Tras esto, el papa Gregorio decimotercero, con la aprobación de la orden.
 El papa Gregorio decimotercero, con la aprobación de la orden.
 El papa Gregorio decimotercero, con la aprobación de la orden.
 El papa Gregorio decimotercero, con la aprobación de la orden.
 El papa Gregorio decimotercero, con la aprobación de la orden.
 Es un dato que se encuentra en el terario.

- 1184. Arnaldo de Claramonte.
- 1184. Guillen Monre-
- 1188. Ponce Matineal — 1221. Guillen
- 1230. Bernardo Champans. — 1233.
- 1223. Astur de Claramonte.
- 1250. Guillen de Cardona. — 1265. Guillen
- 1276. Pedro de Moncada. —



Segunda batalla de los templarios.

En Chipre por la justicia y por el pueblo.

En Inglaterra por el rey y por los grandes del reino.

Solo la Francia quiso manchar las páginas de su historia con una especie de auto de fé y honrar los fastos de los Templarios con un martirio.

Hecha la solemne declaracion de su inocencia en todas partes, aguardáronse las decisiones del concilio general que se celebraba en Viena, concilio al cual, segun dicen los autores, habian sido convocadas las dignidades todas de la Iglesia y los reyes en cuyos estados hubiese Templarios.

Tras acaloradas discusiones, el concilio decretó la estincion de la órden.

Espidiéronse bulas para su cumplimiento.

En Aragon se les dejaron sus bienes pues que pidieron y obtuvieron licencia para formar de sus restos una órden militante bajo el nombre de Santa María de Montesa.

En Portugal hicieron lo mismo creando la de N. S. Jesucristo.

En Castilla el rey se apoderó de todos sus bienes, que aplicó unos á la corona y otros á varias órdenes militares, entre ellas la de San Juan á la que se dieron todos los que habia en Navarra.

De tal modo concluyó una órden á la que la historia de los pueblos debe tan brillantes páginas.

Pudieron los Templarios, no seremos nosotros quien lo contradigamos, tener grandes defectos, pero sí diremos que sobre su tumba no se deben mas que laureles.

Juzgamos á propósito terminar este artículo con una lista de los maestros provinciales que hubo en Aragon y Castilla.

Es un dato curioso que pedimos prestado á las columnas de un periódico literario.

ARAGON.

- 1143. Pedro Ravera. — 1149. Berenguer. — 1149. Pedro Rueyra. — 1174. Arnaldo Tarroja. — 1176. Hugo Jofre. — 1196. Arnaldo Claramonte. — 1196. Ramon Gurb. — 1210. Pedro Montagudo. — 1214. Guillen Monredon. — 1216. Adelmaro Clareto. — 1218. Ponce Mariscal. — 1221. Guillen Allair. — 1227. Francisco Monpesar. — 1230. Bernardo Champans. — 1233. Ramon Pastor. — 1236. Hugo de Monlauro. — 1238. Astur de Claramonte. — 1239. Ramon Berenguer. — 1250. Guillen de Cardona. — 1265. Guillen de Pontos. — 1272. Antonio de Castenou. — 1276. Pedro de Moncada. —

1276. Pedro Queral. — 1291. Berenguer de Cardona. — 1309. Bartolomé de Belvis.

CASTILLA.

1152. Pedro Robeyra. — 1178. Guido de Gardas. — 1183. Juan Fernandez I. — 1212. Gomez Ramirez I. — 1221. Pedro Alvarez Aluñó. — 1243. Gomez Ramirez II. — 1248. Martin Martinez. — 1248. Pedro Gomez. — 1263. Martin Nuñez. — 1266. Lope Sanchez. — 1269. Guillen. — 1271. Garcia Fernandez. — 1286. Gomez Garcia. — 1295. Sancho Ibañez. — 1296. Ruy Diaz. — 1297. Gonzalo Yañez. — 1299. Pedro Yañez. — 1306. Rodrigo Yañez.

V.

EL HUÉSPED MISTERIOSO.

VEINTE y cuatro años solo poseyeron los Templarios el edificio de la Rabida. Proscritos por la bula de Clemente V, los monges soldados del Temple abandonaron el convento del que pasaron á encargarse los religiosos *conventuales* para á su vez cederlo á mediados del siglo XV, por bula de Eugenio VI, á los *observantes*. Estos hijos de San Francisco fueron pues quienes allí permanecieron hasta la total estincion de todos los regulares en 1835.

Despues de esta época, la Rabida habia quedado abandonada y, sin consideracion á sus gloriosos recuerdos, se la dejaba desmoronar poco á poco olvidada en aquel rincon de la bella Andalucía.

Y sin embargo, aun tiene la Rabida un recuerdo que debemos apuntar, re-

cuerdo de un hombre que la llena toda como Carlos V el monasterio de Yuste, como el Cid el de San Pedro de Cardeña.

Un dia se acercó un extranjero á llamar á las puertas del convento. Llegaba á pié y fatigado. Vestia un pobre pero aseado justillo rojo, y descansaba sobre sus hombros un capote de lana parda, cubria su cabeza un birrete de velludo, calzaba unas botas portuguesas y traia á su espalda un zurrón cuyo poco volumen no daba á decir verdad altas ideas de su contenido.

Era su frente despejada, su vista penetrante, aguileña su nariz, y, esparcidos por toda la fisonomía algunos rasgos de inteligencia, revelaban un cierto esplendor de fortaleza y de génio tan robusto y pronunciado, que cualquiera se sentia lleno de admiracion ante él. No iba solo. Acompañábale un niño de corta edad, cuyos piés estaban hinchados de fatiga, cuya boca dejaba escapar una espiracion jadeante, y de cuyos ojos brotaba una lágrima debida á la desesperacion ó tal vez al hambre.

—Qué se os ofrece, buen hombre? preguntó al recién llegado el monge portero asomando su cabeza.

El extranjero miró al fraile y contestó con una voz triste y doliente:

—Un pedazo de pan para mi pobre hijo.....

Las lágrimas no le dejaron proseguir.

Apresuróse el fraile á abrir la puerta con un celo que bien y cumplidamente revelaba su caridad cristiana, é introdujo á sus dos huéspedes en el convento.

Inmediatamente él mismo puso sobre una mesa varias frutas y un pan del que se lanzó á comer con avidez el niño. En cuanto á su padre, despues de haber dado las gracias al fraile, se habia puesto á recorrer á grandes pasos la estancia, entregado y ensimismado en sus reflexiones. El monge portero le examinaba con cierta compasion mezclada de curiosidad, y, como fascinado por aquella nobleza de facciones, por aquella mirada de águila, no podia apartar la vista del huésped.

—Y vos, no comeis, hidalgo? — se atrevió por fin á decirle.

—No tengo apetito.

—Habreis hecho mucho camino segun lo fatigado que está vuestro hijo?

—Mucho.

—Venís de muy lejos?

—Oh! sí, de muy lejos.

—Y vais tambien lejos?

—Ay! sí, muy lejos.